

Colás el chico y Colás el grande

H.C. Andersen





<https://cuentosinfantiles.top>

Vivían en un pueblo dos hombres que se llamaban igual: Colás, pero el uno tenía cuatro caballos, y el otro, solamente uno. Para distinguirlos llamaban Colás el Grande al de los cuatro caballos, y Colás el Chico al otro, dueño de uno solo. Vamos a ver ahora lo que les pasó a los dos, pues es una historia verdadera. Durante toda la semana, Colás el Chico tenía que arar para el Grande, y prestarle su único caballo; luego Colás el Grande prestaba al otro sus cuatro caballos, pero sólo una vez a la semana: el domingo.

¡Había que ver a Colás el Chico haciendo restallar el látigo sobre los cinco animales! Los miraba como suyos, pero sólo por un día. Brillaba el sol, y las campanas de la iglesia llamaban a misa; la gente, endomingada, pasaba con el devocionario bajo el brazo para escuchar al predicador, y veía a Colás el Chico labrando con sus cinco caballos; y al hombre le daba tanto gusto que lo vieran así, que, pegando un nuevo latigazo, gritaba: «¡Oho! ¡Mis caballos!» — No debes decir esto — reprendióle Colás el Grande—. Sólo uno de los caballos es tuyo.

Pero en cuanto volvía a pasar gente, Colás el Chico, olvidándose de que no debía decirlo, volvía a gritar: «¡Oho! ¡Mis caballos!». — Te lo advierto por última vez —dijo Colás el Grande—. Como lo repitas, le arreo un trastazo a tu caballo que lo dejo seco, y todo eso te habrás ganado.

— Te prometo que no volveré a decirlo —respondió Colás el Chico. Pero pasó más gente que lo saludó con un gesto de la cabeza y nuestro hombre, muy orondo, pensando que era realmente de buen ver el que tuviese cinco caballos para arar su campo, volvió a restallar el látigo, exclamando: «¡Oho! ¡Mis caballos!».

— ¡Ya te daré yo tus caballos! —gritó el otro, y, agarrando un mazo, dióle en la cabeza al de Colás el Chico, y lo mató. — ¡Ay! ¡Me he quedado sin caballo! —se lamentó el pobre Colás, echándose a llorar. Luego lo despellejó, puso la piel a secar al viento, metiéndola en un saco, que se cargó a la espalda, y emprendió el camino de la ciudad para ver si la vendía. La distancia era muy larga; tuvo que atravesar un gran bosque oscuro, y como el tiempo era muy malo, se extravió, y no volvió a dar con el

camino hasta que anochecía; ya era tarde para regresar a su casa o llegar a la ciudad antes de que cerrase la noche.

A muy poca distancia del camino había una gran casa de campo. Aunque los postigos de las ventanas estaban cerrados, por las rendijas se filtraba luz. «Esa gente me permitirá pasar la noche aquí», pensó Colás el Chico, y llamó a la puerta.

Abrió la dueña de la granja, pero al oír lo que pedía el forastero le dijo que siguiese su camino, pues su marido estaba ausente y no podía admitir a desconocidos.

— Bueno, no tendré más remedio que pasar la noche fuera —dijo Colás, mientras la mujer le cerraba la puerta en las narices. Había muy cerca un gran montón de heno, y entre él y la casa, un pequeño cobertizo con tejado de paja.

— Puedo dormir allá arriba —dijo Colás el Chico, al ver el tejadillo—; será una buena cama. No creo que a la cigüeña se le ocurra bajar a picarme las piernas —pues en el tejado había hecho su nido una auténtica cigüeña.

Subióse nuestro hombre al cobertizo y se tumbó, volviéndose ora de un lado ora del otro, en busca de una posición cómoda. Pero he aquí que los postigos no llegaban hasta lo alto de la ventana, y por ellos podía verse el interior.

En el centro de la habitación había puesta una gran mesa, con vino, carne asada y un pescado de apetitoso aspecto. Sentados a la mesa estaban la aldeana y el sacristán, ella le servía, y a él se le iban los ojos tras el pescado, que era su plato favorito.

«¡Quién estuviera con ellos!», pensó Colás el Chico, alargando la cabeza hacia la ventana. Y entonces vio que había además un soberbio pastel. ¡Qué banquete, santo Dios!

Oyó entonces en la carretera el trote de un caballo que se dirigía a la casa; era el marido de la campesina, que regresaba. El marido era un hombre excelente, y todo el mundo lo apreciaba; sólo tenía un defecto: no podía ver a los sacristanes; en cuanto se le ponía uno ante los ojos, entrábale una rabia loca. Por eso el sacristán de la aldea había esperado a que el marido saliera de viaje para visitar a su mujer, y

ella le había obsequiado con lo mejor que tenía. Al oír al hombre que volvía asustáronse los dos, y ella pidió al sacristán que se ocultase en un gran arcón vacío, pues sabía muy bien la inquina de su esposo por los sacristanes. Apresuróse a esconder en el horno las sabrosas viandas y el vino, no fuera que el marido lo observara y le pidiera cuentas. — ¡Qué pena! —suspiró Colás desde el tejado del cobertizo, al ver que desaparecía el banquete.

— ¿Quién anda por ahí? —preguntó el campesino mirando a Colás—. ¿Qué haces en la paja? Entra, que estarás mejor. Entonces Colás le contó que se había extraviado, y le rogó que le permitiese pasar allí la noche.

— No faltaba más —respondióle el labrador—, pero antes haremos algo por la vida. La mujer recibió a los dos amablemente, puso la mesa y les sirvió una sopera de papillas. El campesino venía hambriento y comía con buen apetito, pero Nicolás no hacía sino pensar en aquel succulento asado, el pescado y el pastel escondidos en el horno.

Debajo de la mesa había dejado el saco con la piel de caballo; ya sabemos que iba a la ciudad

para venderla. Como las papillas se le atragantaban, oprimió el saco con el pie, y la piel seca produjo un chasquido. — ¡Chit! —dijo Colás al saco, al mismo tiempo que volvía a pisarlo y producía un chasquido más ruidoso que el primero.

— ¡Oye! ¿Qué llevas en el saco? —preguntó el dueño de la casa. — Nada, es un brujo —respondió el otro—. Dice que no tenemos por qué comer papillas, con la carne asada, el pescado y el pastel que hay en el horno.

— ¿Qué dices? —exclamó el campesino, corriendo a abrir el horno, donde aparecieron todas las apetitosas viandas que la mujer había ocultado, pero que él supuso que estaban allí por obra del brujo. La mujer no se atrevió a abrir la boca; trajo los manjares a la mesa, y los dos hombres se regalaron con el pescado, el asado, y el dulce. Entonces Colás volvió a oprimir el saco, y la piel crujió de nuevo.

— ¿Qué dice ahora? —preguntó el campesino.

— Dice —respondió el muy pícaro— que también ha hecho salir tres botellas de vino

para nosotros; y que están en aquel rincón, al lado del horno.

La mujer no tuvo más remedio que sacar el vino que había escondido, y el labrador bebió y se puso alegre. ¡Qué no hubiera dado, por tener un brujo como el que Colás guardaba en su saco!

— ¿Es capaz de hacer salir al diablo? — preguntó—. Me gustaría verlo, ahora que estoy alegre. — ¡Claro que sí! —replicó Colás—. Mi brujo hace cuanto le pido. ¿Verdad, tú? — preguntó pisando el saco y produciendo otro crujido—. ¿Oyes? Ha dicho que sí. Pero el diablo es muy feo; será mejor que no lo veas.

— No le tengo miedo. ¿Cómo crees que es? — Pues se parece mucho a un sacristán. — ¡Uf! — exclamó el campesino—. ¡Sí que es feo! ¿Sabes?, una cosa que no puedo sufrir es ver a un sacristán. Pero no importa. Sabiendo que es el diablo, lo podré tolerar por una vez. Hoy me siento con ánimos; con tal que no se me acerque demasiado... — Como quieras, se lo pediré al brujo —, dijo Colás, y, pisando el saco, aplicó contra él la oreja.

— ¿Qué dice? — Dice que abras aquella arca y verás al diablo; está dentro acurrucado. Pero no sueltes la tapa, que podría escaparse. — Ayúdame a sostenerla —pidióle el campesino, dirigiéndose hacia el arca en que la mujer había metido al sacristán de carne y hueso, el cual se moría de miedo en su escondrijo. El campesino levantó un poco la tapa con precaución y miró al interior. — ¡Uy! —exclamó, pegando un salto atrás—. Ya lo he visto. ¡Igual que un sacristán! ¡Espantoso! Lo celebraron con unas copas y se pasaron buena parte de la noche empinando el codo.

— Tienes que venderme el brujo —dijo el campesino—. Pide lo que quieras; te daré aunque sea una fanega de dinero. — No, no puedo —replicó Colás—. Piensa en los beneficios que puedo sacar de este brujo.

— ¡Me he encaprichado con él! ¡Véndemelo! — insistió el otro, y siguió suplicando. — Bueno — avínose al fin Colás—. Lo haré porque has sido bueno y me has dado asilo esta noche. Te cederé el brujo por una fanega de dinero; pero ha de ser una fanega rebosante.

— La tendrás —respondió el labriego—. Pero vas a llevarte también el arca; no la quiero en casa ni un minuto más. ¡Quién sabe si el diablo está aún en ella!

Colás el Chico dio al campesino el saco con la piel seca, y recibió a cambio una fanega de dinero bien colmada. El campesino le regaló todavía un carretón para transportar el dinero y el arca.

— ¡Adiós! —dijo Colás, alejándose con las monedas y el arca que contenía al sacristán. Por el borde opuesto del bosque fluía un río caudaloso y muy profundo; el agua corría con tanta furia, que era imposible nadar a contra corriente. No hacía mucho que habían tendido sobre él un gran puente, y cuando Colás estuvo en la mitad dijo en voz alta, para que lo oyera el sacristán:

— ¿Qué hago con esta caja tan incómoda? Pesa como si estuviese llena de piedras. Ya me voy cansando de arrastrarla; la echaré al río, Si va flotando hasta mi casa bien, y si no, no importa. Y la levantó un poco con una mano, como para arrojarla al río.

— ¡Detente, no lo hagas! —gritó el sacristán desde dentro. Déjame salir primero. — ¡Dios me valga! —exclamó Colás, simulando espanto—. ¡Todavía está aquí! ¡Echémoslo al río sin perder tiempo, que se ahogue!

— ¡Oh, no, no! —suplicó el sacristán—. Si me sueltas te daré una fanega de dinero. — Bueno, esto ya es distinto —aceptó Colás, abriendo el arca. El sacristán se apresuró a salir de ella, arrojó el arca al agua y se fue a su casa, donde Colás recibió el dinero prometido. Con el que le había entregado el campesino tenía ahora el carretón lleno.

«Me he cobrado bien el caballo», se dijo cuando de vuelta a su casa, desparramó el dinero en medio de la habitación. «¡La rabia que tendrá Colás el Grande cuando vea que me he hecho rico con mi único caballo!; pero no se lo diré».

FIN



<https://cuentosinfantiles.top>